

En efecto, entonces, como en tiempos de la guerra del Bien público, los príncipes se lamentaban de lo oneroso de los impuestos y del olvido de la Pragmática Sanción, acusaban á los que rodeaban al rey y reclamaban la reunión de los Estados generales. A los manifiestos redactados por Dunois y Landois contestaron los Beaujeu con otros manifiestos en los cuales hicieron observar que recientemente habían convocado á los principales coligados, para buscar con su consejo la manera de aligerar los impuestos: «y ninguno de ellos vino y no quisieron darnos sobre esto consejo ni parecer.» El Parlamento y la Universidad de París rechazaron los ofrecimientos del duque Luis, como el Parlamento de Grenoble había rechazado los de Dunois, y las buenas ciudades permanecieron fieles. La «guerra loca» se redujo á algunos paseos militares.

En el entretanto Landois reunía un gran ejército para sojuzgar al partido bretón que había tratado con el rey de Francia, y Ricardo III habíale prometido un auxilio de mil arqueros; pero cuando los dos bandos iban á venir á las manos, los nobles bretones se reconciliaron, movidos por su odio común á Landois, y obligaron al anciano duque á que les entregara á su gran tesoro, el cual fué ahorcado en 19 de julio de 1485, sin que de ello tuviera noticia su señor. En 9 de agosto, los señores bretones, en nombre de Francisco II, firmaron la paz con los enviados de los Beaujeu. En aquel mismo mes fué destronado Ricardo III: hermano de Eduardo IV, había usurpado la corona y hecho perecer en la Torre de Londres á los herederos legítimos del trono, «los hijos de Eduardo.» El pretendiente Enrique Tudor, que por su madre era un Lancáster, aprovechóse del horror que causó aquel crimen y desembarcó en Inglaterra, gracias á los socorros que le habían facilitado los Beaujeu, venciendo y dando muerte en Bosworth á Ricardo III, en 22 de agosto. En el mes de septiembre sometióse el duque Luis, que ni siquiera había podido entrar en su ciudad de Orleans y cuyas principales plazas fueron ocupadas por guarniciones reales. Dunois fué desterrado á Asti por un año; y el duque de Borbón y el señor de Albret, que habían abandonado la causa de los Beaujeu y se habían puesto en marcha con el duque de Angulema, hubieron de deponer las armas.

La guerra loca estaba terminada y Landois había desaparecido, pero la situación seguía siendo crítica. El gobierno de Bretaña estaba entonces en manos del mariscal de Rieux y de dos hombres que sucesivamente habían servido y hecho traición á Luis XI, Juan de Chalón, príncipe de Orange, y Odet de Aydie. Los nobles bretones, libres ya de Landois, abandonaron la alianza de los Beaujeu, y en 10 de febrero de 1486 los Estados de Bretaña reconocieron como únicas herederas del ducado á las dos hijas de Francisco II, conviniéndose en que se casarían con Maximiliano y con su hijo. Maximiliano era cada vez más temible para Francia: había obligado á los flamencos á aceptarle como tutor de su hijo, y en 16 de febrero de 1486, á pesar de las intrigas de los enviados franceses, fué elegido rey de los romanos. En el mes de junio sus tropas invadieron bruscamente el Norte del reino, mientras Comynnes, rechazando los ofrecimientos de los Beaujeu, trabajaba para procurarle la alianza del duque de Bor-

bón y de Renato II de Lorena. Ana de Beaujeu salvó aquel conflicto como verdadera hija de Luis XI, pues se atrajo de nuevo al duque de Borbón halagándole y al duque de Lorena permitiendo á todas las gentes de guerra, salvo las de las compañías de ordenanza, que entraran á su servicio para la conquista de Nápoles (1). Maximiliano, privado de los apoyos que esperaba, hubo de retirarse.

Como parecía inminente la muerte de Francisco II, los consejeros de Ana de Beaujeu la apremiaban para que preparase la anexión de Bretaña (2); así es que cuando Maximiliano hubo repasado la frontera, Carlos VIII fué enviado á Anjou con un ejército para esperar los acontecimientos. Entonces, en diciembre de 1486, los señores bretones, el duque de Orleans, los condes de Dunois, de Angulema y de Nevers, el señor de Albret y su hijo el rey de Navarra, el duque de Lorena y más tarde Maximiliano, formaron una nueva coalición para, según decían, «hacer mantener las ordenanzas de los Estados violadas por la ambición y por la codicia de los que rodeaban al rey y que habían arrojado del lado de éste á los príncipes y señores de su sangre y sembrado la guerra entre él y el rey de los romanos.» Una vez más se trataba de derribar á los Beaujeu, ó por lo menos queríase impedir que se apoderaran de la Bretaña; pero los coligados no se entendían, pues Luis de Orleans, Alain de Albret y Maximiliano, los tres pretendían casarse con Ana, hija mayor de Francisco II. Aun entre los mismos bretones introdujeron los Beaujeu con su dinero la discordia. A excepción de Dunois, que, al parecer, estaba dotado de una inteligencia clara y firme, los coligados caminaban al azar, envidiándose y engañándose los unos á los otros; los Beaujeu, por el contrario, sabían perfectamente lo que querían y mandaron arrestar á todos cuantos agitadores pudieron coger, lo mismo señores que obispos. Comynnes «probó» durante varios meses, en Loches, una de las jaulas de hierro de Luis XI, y la Guena, que el hermano de Odet de Aydie y el señor de Albret habían tratado de sublevar, fué sometida rápidamente (febrero-marzo 1487). En el Norte, 1487 Esquerdes, creado recientemente mariscal, ejercía hábilmente una especie de dictadura militar, «dominando y haciendo de príncipe en Picardía como un pequeño rey,» según dice Molinet, y apoderándose en 27 de mayo de la plaza fuerte de Saint-Omer, que desde el tratado de Arrás había permanecido neutral. A fin de año estalló en Flandes una insurrección fomentada por los agentes franceses, y los ciudadanos de Brujas retu-

(1) Respecto de la intervención (muy reservada) de los Beaujeu en los asuntos de Italia, véase el capítulo I del siguiente período.

(2) Uno de ellos le había dirigido sobre este particular una memoria muy curiosa. Es preciso, decía, enviar á Bretaña, cuando haya fallecido el duque, una embajada y un ejército; á los señores bretones se les prometerá respetarles todos sus derechos, todos sus empleos, pasarles pensiones y mantener las franquicias del país. Como los Estados de Bretaña son hostiles á la reunión, los señores deberán hacerles una pintura espantosa de la guerra que será necesario sostener contra el rey. Y el mismo autor de la memoria cuidaba de componer este discurso que los partidarios de Francia no habrían de hacer más que repetir palabra por palabra. Finalmente preconizaba el matrimonio de Carlos VIII y Ana de Bretaña (Memoria publicada por J. Havet, «Revue historique,» tomo XXV, 1884).



MAXIMILIANO I, EMPERADOR DE ALEMANIA

(Copia de Lucas de Leyde)

vieron prisionero á Maximiliano, desde el 5 de febrero hasta el 16 de mayo de 1488.

En Bretaña, la campaña de 1487 no fué de resultados definitivos. En 1488, las tropas de Francisco II, del duque de Orleáns y del señor de Albret, los voluntarios ingleses conducidos por lord Scales y los contingentes facilitados por Maximiliano no pudieron contener la marcha del numeroso ejército mandado por Luis de La Tremoille y fueron derrotados en Saint-Aubin du Cormier (27 de julio); pero el único beneficio positivo de tan brillante victoria fué la captura de Luis de Orleáns. Francisco II solicitó la paz, y Carlos VIII, á cambio de algunas vanas promesas, se la concedió contra el parecer de su hermana: aquel fué su primer acto de autoridad personal (tratado de Verger ó de Sablé, 20 de agosto de 1488).

Francisco II murió en 9 de septiembre. La duquesita Ana era una precoz adolescente de trece años, de agraciado rostro y de carácter taimado, vivo y testarudo. A pesar de su juventud, quería conservar su independencia y la de su ducado y pretendía escoger un esposo á su gusto entre los numerosos príncipes que solicitaban su mano. Pero la Bretaña se hallaba en la mayor miseria, agotada por la guerra, el bandolerismo y la piratería; había en ella dos gobiernos, en Rennes el de la duquesa, apoyada por Dunois y el príncipe de Orange, y en Nantes el del mariscal de Rieux y de Alain Albret. El mariscal de Rieux recibió refuerzos ingleses y á Rennes llegaron tropas alemanas y españolas enviadas por Maximiliano y Fernando, y los bretones hubieron de buscar dinero para pagar á todos estos extranjeros. Carlos VIII, por su parte, reclamaba la tutela de las hijas de Francisco II, y el ejército francés, que permanecía acampado cerca de Rennes, saqueaba á más y mejor.

A decir verdad, la Bretaña no se consideraba más que como un envite, y aun no como un envite único, en la partida que iba á empeñarse entre el rey de Francia y los tres príncipes entonces coligados contra él: Enrique VII Tudor, Fernando *el Católico* y Maximiliano. El rey de Inglaterra esperaba pescar en aguas turbias y recobrar la Guiana; el rey de Aragón enviaba ya tropas á la frontera del Rosellón, y Maximiliano quería ser duque de Bretaña y trabajar luego para recuperar toda la herencia de Carlos *el Temerario*. «Por encima de todo debe ser salvada la Bretaña,» escribían Fernando é Isabel á su embajador en Inglaterra. También se hallaban puestas en tela de juicio las conquistas de Luis XI, pero afortunadamente Enrique VII estaba firmemente resuelto á no comprometerse, Fernando hallábase ocupado con los moros de Granada y Maximiliano tenía que habérselas con los flamencos y con el rey de Hungría.

Los años 1489 y 1490 transcurrieron en estériles negociaciones y á los consejeros de Ana de Bretaña parecían, como antes les había parecido á los de María de Borgoña, que un matrimonio con Maximiliano era la última tabla de salvación. Ana se casó por poderes con el rey de los romanos, pero éste no pudo socorrerla, y un pretendiente á quien aquella princesa había tratado duramente, Alain de Albret, entregó Nantes á los franceses en febrero de 1491. El príncipe de Orange y el mismo Dunois trabajaban entonces en

TOMO III

favor de Carlos VIII y Ana se veía abandonada por la nobleza bretona y por sus aliados extranjeros; y cuando el rey puso sitio á Rennes con un ejército numeroso, la joven duquesa comprendió que no tenía más remedio que aceptar la corona de reina. Su unión con Maximiliano, contraída sin el consentimiento de su soberano, era nula, y Carlos VIII y Ana de Bretaña se casaron en 6 de diciembre de 1491, cediéndose mutuamente todos sus derechos sobre Bretaña y comprometiéndose Ana, para el caso de que Carlos VIII muriera sin descendencia, á no casarse sino con su sucesor ó con el más próximo heredero del trono.

Aquel matrimonio, á pesar de algunas concesiones hechas á los bretones en materia de justicia y de impuestos, ponía término, en realidad, á su independencia y señalaba el fin de las coaliciones feudales del siglo xv. Fué también el último acto importante de los Beaujeu, quienes, en efecto, perdieron el poder en el momento crítico en que la reunión de la Bretaña desencadenaba la cólera de las casas de Austria, España é Inglaterra, y en que se requerían manos muy expertas para conservar la integridad del reino. La influencia de aquellos esposos sobre el rey había comenzado á debilitarse en 1488, en que por muerte del duque Juan II habían heredado el ducado de Borbón; pero la verdadera causa de la declinación de su autoridad fué que Carlos VIII se iba haciendo hombre, y sus compañeros favoritos, como Esteban de Vesc y el señor de Mioláns, le apremiaban para que se hicieran cargo del poder, á fin de compartirlo con ellos. En 28 de junio de 1491, el rey puso en libertad al duque de Orleáns, sin consultar á Ana de Beaujeu; y en 1493 el embajador de Florencia escribía: «Monsieur y Madama de Borbón no oponen su brazo al torrente.» El «torrente» era la locura de las guerras de Italia; y en efecto, al año siguiente partió Carlos para la conquista de Nápoles.

CAPÍTULO VI

LAS LETRAS Y LAS ARTES EN VÍSPERAS DE LAS GUERRAS DE ITALIA

I. Las condiciones nuevas. La imprenta.—II. Humanistas, literatos é historiadores.—III. Las artes.

I.—Las condiciones nuevas. La imprenta (1)

Durante el reinado de Luis XI y los primeros años del de Carlos VIII modificanse sensiblemente las condiciones del desenvolvimiento intelectual. En primer término, desaparecen ó se transforman algunas de las cortes de príncipes en las cuales había encontrado tan

(1) FUENTES Y OBRAS DE CONSULTA.—*Comptes de l'Hotel des rois de France*, edición Douet d'Arcq, 1865, *Le livre de raison de Bernard Gros*, edición Tholin, «Bulletin historique et philologique», 1889. Delisle, *Le cabinet des manuscrits*, tomo I, 1868. Van Praet, *Recherches sur Louis de Bruges, seigneur de La Gruthuyse*, 1831.—Respecto de la imprenta, véanse las bibliografías publicadas por H. Stein, *L'Histoire de l'Imprimerie, état de la science en 1895*, «Revue internationale des Archives, des Bibliothèques et des Musées», 1897; y *Manuel de Bibliographie générale*, 1898, apéndice I. Consúltense principalmente: A. Bernard, *De l'origine de l'imprimerie en Europe*, 1853; Jules Philippe, *Origine de l'imprimerie à Paris*, 1885; Claudin, *Histoire de l'imprimerie en France* (en curso de publicación).